

aldea, en los caminos sombreados de robledos y pinares, el asesino se cruza con el hombre que va a asesinar. Y repite siempre el mismo respetuoso gesto con el liviano sombrero, el mismo gesto afable de la mano poderosa. Hasta se encuentran pronto por la mañana, ambos en zapatillas, en la galería de los baños. A la remota Santa Águeda, perdida en las sierras, sólo se acerca el que toma los baños que curan el dolor; y la Muerte, resignadamente, cada mañana, toma el baño que la disfraza. Cánovas ya conoce a aquel hombre, que siempre encuentra, muy modesto, casi bucólico, en los caminos de las colinas más verdes, o siguiendo el contorno del muro del jardín con pensativa lentitud. Incluso una tarde murmuró, con distraída indiferencia, al jefe de policía: «¿Quién será ese hombre?». Y el jefe de policía afirmó con gran convicción: «Es el corresponsal de un periódico de Italia, que toma los baños...».

Quizás Cánovas acabó por simpatizar con aquel periodista de rostro inteligente que, para provecho de su periódico, se embebía de la estudiosa contemplación del hombre fuerte que gobernaba España. Toda la vida del presidente, incluso su labor política, se desarrollaba ante el hombre pensativo de sombrero liviano. En esos días abrasados de agosto, en aquella aldea terminal hundida entre montes, desde el aireado jardín del hotel el estadista dirigía el Estado. Con la cartera apoyada en el banco, abría los telegramas, ojeaba los informes, defendía Cuba, reprimía las Filipinas, ejercía su omnipotencia garabateando sobre las rodillas, y la Muerte lo rondaba y lo observaba. Cuántas veces, en ese banco, conversando con los secretarios, después del almuerzo, con aquel límpido metal de su voz, que el gesto decidido expulsaba soberbiamente, mencionó proyectos, reformas, ideas de fuerza, enredos de prudencia, toda una labor de gobierno, potente y dúctil, que requería una vida larga, un dominio firme, la conservación de una energía que no vacila sobre su vasta base de hierro. Los secretarios lo admiraban... Él exclamaba, seguro: «¡Lo diré más tarde!»... «¡Lo haré el próximo año!». Y el hombre del sombrero liviano pensaba: «¡Quizás lo mate antes de anochecer!». Esto duró cinco días.

¿Por qué tardó cinco días el hombre del sombrero liviano? Porque, ¡qué cosa tan siniestra!, la Muerte sabía que, matando, moriría. Para él, y con clara conciencia, también aquellos días de baños en la quieta Santa Águeda eran los últimos del mundo. Temprano, al despertar en su habitación del tercer piso, al abrir la ventana a la fina brisa de la serranía y al aroma de los pinos, seguro que consideraba que quizás no volvería a ver ni montes ni pinares, ni ganado pastando, ni niños jugando junto a los setos, y que nunca más abriría una ventana llena de sol y de azul, porque, todas las horas restantes, en una espesa mazmorra, sus manos estarían amarradas por grille-

tes de hierro. ¿Vacilaba? ¡No! ¡Una justicia superior lo marcó gloriosamente para vengar a sus hermanos torturados, y toda la miseria humana...! Pero quizás esa tortura le pareciese más incierta, y esa miseria menos punzante, allí, lejos de las famélicas callejuelas de las duras ciudades, entre la dulce quietud de las colinas eternas, contemplando la suavidad de los valles, con sus verdes retales de labranza, donde el hombre halla, con seguridad, el pan y la libertad. Y tal vez entonces murmurase: «¡Bien, será mañana...!» Un día más para pasear por las frescas alamedas y respirar el cespicio y fragante aire de la sierra, y recogerse sosegadamente por la tarde, cuando la campanita del hotel, sonora por todo el valle, llamara a cenar... ¡Pero seguro que lo mataría! Juró vengar los tormentos de sus hermanos y, además, incesantemente, le fascinaba la idea de que su nombre retumbara por toda España, recorriera el mundo. ¡El hombre que ejecutó a Cánovas...! Su retrato en todos los aparadores, ¡su vida, de revolucionario humanitarismo, contada con ardiente curiosidad, como se cuenta la de los héroes! ¡Qué pasmo y oscuro terror inspiraría su gran gesto! Pero en los desolados rincones donde se abriga, sin lumbre, casi sin pan, en su secular oprobio, la plebe sufridora, ¡de cuánto amor y admiración sería su nombre rodeado! ¡Oh! ¡Debía matar, fatalmente aquella tarde! El revólver languidecía, a la espera, en el fondo de la maleta de lona... Aunque, al hacerse el nudo de la corbata, sentía, en un corto escalofrío, el frío hierro del garrote. «Tal vez hoy no pueda... ¡Pero será mañana!».

Y ese día, como siempre, lo ocupaba en largas caminatas. ¿Qué pensamientos lo acompañaban por los silenciosos caminos orlados de robles y hayas? Siempre los mismos y vagos: vengar a la humanidad, entrar en la historia... Y, ciertamente también, huir después de matar. Quizás estudió, a través de los montes, atajos y escondrijos. Pero no se fortalecía en esa esperanza. Además, la grandeza de su misión reclamaba nobleza de actitud. ¡Qué humillación ante el mundo si unos soldados, corriendo, lo pillasen encogido, escondido entre los arbustos, como a un ratero! Y la fuga, si la pudiera realizar, equivaldría a su nombre sin asombro, sin gloria, sin bendiciones... Muchas veces, revolviendo estas cosas confusas, alcanzaba a Cánovas por los caminos, entre su grupo, perseguido alegremente por pequeños desgreñados a quienes repartía pesetas. Enseguida el sombrero liviano se levantaba, respetuoso, y allá iba, hacia la Muerte, el gesto superior de la mano poderosa. Y ambos se recogían, en el frescor de la tarde, en cuanto la campanita del hotel, sonora por todo el valle, llamaba para la cena. Y cuando, por la noche, las señoras abandonaban la costura en la sala y el *whist* terminaba, ambos subían por las mismas escaleras, Cánovas hacia su habitación rebosante de papeles de Estado, de largos proyectos que